

HUMANISMO Y CULTURA MORAL: LITERATURA, VIDA E IGUALDAD DEMOCRÁTICA

Uno de los testimonios más terribles del siglo que ha terminado es el de que una elevada cultura humanística no es garantía, ni requisito suficiente que nos salve de la barbarie. Escuchar con deleite a Mozart o leer a Platón y a Kant puede ser compatible con el atribuir a los otros la misma condición de la infrahumanidad, de la inhumanidad. Recordemos, a este respecto el testimonio inapelable de George Steiner:

El extremo último de la barbarie política surgió del meollo de Europa. Dos siglos después de que Voltaire hubiera proclamado su final, la tortura volvió a ser un procedimiento normal de acción política. No es sólo que la difusión general de valores literarios, culturales, no pusiera freno alguno al totalitarismo; sino también que en ciertos casos notables los santos lugares de la enseñanza y del arte humanista acogieron y ayudaron efectivamente al terror nuevo. La barbarie prevaleció en la tierra misma del humanismo cristiano, de la cultura renacentista y del racionalismo clásico. Sabemos que algunos de los hombres que concibieron y administraron Auschwitz habían sido educados para leer a Shakespeare y a Goethe, y que no dejaron de leerlos¹.

No obstante, la completa ausencia de alta cultura tampoco augura nada bueno. Si la referencia a los valores del humanismo -libertad,

igualdad y justicia ante otros- quiebra, sólo nos quedará el elogio de la mera fuerza, del mero poder, de la desnuda imposición. ¿Cuál, a la luz de estos contrasentidos, será entonces la relación que podemos establecer entre cultura y moralidad?

El valor máximo del humanismo ilustrado es el conceder igual peso a todo individuo por el hecho de ser humano. No obstante, la barbarie parece siempre precipitarse como denegación del otro de su condición humana. Un sustrato tribal emerge al tachar al otro fuera del círculo mágico de los nuestros. La privación de humanidad es el acto que parece impulsar la violencia contra el otro. No es tan humano o *civilizado* como nosotros -Berlusconi y otros líderes occidentales dixit- y, aunque explícitamente no se diga, esto justifica el ataque o el maltrato. El problema no parece pues que tenga que ver con el colapso del entramado de valores humanistas tan sólo, sino la determinación del conjunto de los humanos como protegido por derechos y garantías. La infravaloración del otro, de la otra, como no plenamente humano, como no enteramente valioso, como primitivo, tosco, como más cercano a la naturaleza y, por lo tanto, menos cultivado ha sido la constante articuladora de los discursos e ideologías colonialistas, sexistas y racistas.

A esta luz la identificación de la humanidad



en sus distintos modos y expresiones, de lo humano implicado en diferentes culturas, distintos sexos, distintas etnias, diversas religiones es la asignatura pendiente. La atribución de la igualdad democrática debe ser complementada con el reconocimiento de la diversidad cultural. Esto no implica el todo vale, porque los valores humanistas estarán ahí para servir de filtro crítico a aquellas prácticas culturales –de nosotros y de los otros– que atenten contra ese mínimo intocable de los derechos individuales de todo ser por el mero hecho de ser humano.

¿Cómo aprobar esta asignatura pendiente del reconocimiento de lo humano en sus diversas y proteicas formas? Voy a sugerir que debemos atribuir un mayor protagonismo a dos momentos de la respuesta moral que a menudo quedan obviados. Son la percepción y la misma imaginación. Percibir que el otro, la otra, es un ser humano significa activar la sensibilidad para comprender sentimientos y entender historias. Ahí la literatura vuelve, más allá del negro diagnóstico de Steiner, a servirnos como educadora moral.

Frente a la música y la filosofía –coto cerrado de los “sacerdotes ascetas” empeñados en definir lo humano–, Richard Rorty nos ofrece una interpretación de la novela como escuela de moralidad². Su prototipo de héroe

cultural es, a este respecto, Dickens. La denuncia de la crueldad contra el ser humano concreto, encarnado, es el punto de toque. La novela sensibiliza y nos permite conectar con el otro que sufre, nos permite entender o imaginar el dolor casi como si fuera nuestro. Cada individuo de carne y hueso queda igualado por el sufrimiento: ¿Cómo podremos permanecer impasibles e indiferentes ante el espectáculo de la desgracia ajena?

La empatía revela un mínimo común humano y, según Rorty, lo que Dickens deseaba era:

...que cada cual pudiera comprender a aquellas y aquellos con quienes se cruzara por la calle. Su intención consistía en que ningún ser humano incomodara a otro con etiquetas morales, sino que reconociera el derecho que cualquier persona (...) tiene a ser comprendida.³

La categorización descalificadora y cerrada hacia grupos humanos: mujeres, árabes, homosexuales..., es dinamitada desde la utopía democrática que propone Kundera. Los tipos humanos son incontables, diversos e inclasificables. Lo humano no es definible en una esencia cerrada, en un patrón normativo, en un canon pretendidamente universal. Lo humano no puede dejarse apresar en una definición cerrada sino en una fuga abierta poblada por figuras proteicas y novedades impensables. No está de más, pues, continuar, a este respecto, el debate en torno a las virtualidades morales de la filosofía y la literatura en torno a la experiencia moral. La generalidad vacía de los principios necesita de la encarnadura plena de las historias de personajes diversos y complejos, ni ángeles ni demonios, en los que todos podamos reconocer y reconocernos. Que nada de lo humano me sea indiferente.

¹ George Steiner, “La cultura y lo humano”(1962), en *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona, Gedisa, 1990.

² Richard Rorty, “Filósofos, novelistas y comparaciones interculturales: Heidegger, Kundera y Dickens”, en R. Rorty et al. *Cultura y modernidad. Perspectivas filosóficas de Oriente y Occidente*. Barcelona, Kairós, 2001.

³ Op. cit., p. 33.